

y la defensa es permitida, tendremos que recurrir á las medidas de rigor; si él opta por la guerra, peor para él, no seremos los vencidos, la ley está de nuestra parte. Le ofrecemos el pan, si prefiere el palo demostrará que tiene mal gusto. Hablando de otra cosa, amigo mío, ¿hay mucha gente en la antesala?

—Más de veinte personas, señor.

—Pues le ruego á usted que las despida, voy á comer con el Gobernador, y ya es muy tarde; que vayan disponiendo el coche.

El Chango cumplió aquella orden; con la mayor solemnidad del mundo dijo á las gentes que se aburrían en la antesala:

—El señor Ministro da por terminada la audiencia de hoy, ruega á ustedes que lo dispensen, pues un asunto de la mayor urgencia reclama su presencia en Palacio.

Y la aburrida gente de la antesala se retiró, sin imaginarse que el único asunto que su Excelencia despachó esa mañana, fué el plan de campaña que habia de rendir la entereza de un inteligente y honrado muchacho.

CAPÍTULO XI

Horas inquietas

Pesimista ha de haber sido aquel observador anónimo que echó de ver que en esta vida un mal viene generalmente acompañado ó seguido de otros males; de aquí aquella conocidísima exclamación, en que se da al mal la

bienvenida cuando, al visitarnos, prescinde de su habitual cortejo. Valga como compensación el hecho menos predicado, aunque exacto también, que los sucesos faustos suelen acompañarse de otros tan faustos ó casi.

Hásenos antojado hacer esta reflexión, por considerar la bonancible situación que en esta temporada hacía á Pacotillas las más halagüeñas muecas. No sólo había cambiado su situación pecuniaria, sino que también había variado y no poco la situación de su ánimo; había renacido en él ese bienestar moral, esa confianza en sí mismo, esa disposición á verlo todo color de rosa, sin lo cual sobran los mismos tesoros de Creso.

El joven se iba á examinar al día siguiente. Estudió recio y de firme hasta las diez de la noche, tomando ya un texto, ya otro; procurando llenar los *corrales*, y dar las últimas puntadas al complicado traje de conocimientos con que debía presentarse ante el jurado. A la hora dicha cerró el libro y dijo á Amalia:

—Es inútil cansarme más, ya no es posible aprender, ni entiendo lo que leo; si en este momento me examinara no contestaría palabra, todo se me embrolla y confunde; esconde esos libros y quiera mi buena suerte que no tenga ya que volverlos á abrir.

Al día siguiente se levantó muy temprano, y, para dar laxitud á sus tirantes nervios, tomó un baño de vapor, luego fué á disfrutar el fresco de la mañana paseando un rato por la Alameda. A toda costa quería borrar de su ánimo toda idea de estudio; mas estas ideas renacían con tenacidad, por más que el joven procuraba distraerse. A veces se estremecía de horror pensando que le iban á

preguntar tal punto, y creyendo que se le había olvidado del todo.

Volvió á su casa, desayunóse, charló con Amalia de asuntos indiferentes, se bromeó, jugó con ella y procuró en todo mostrarse festivo, locuaz y chancero.

Poniéndose después el sombrero, dijo que ese día lo destinaba á *echar cabeza*, que daría una vuelta por la redacción; que después se reuniría con Patillitas, que lo había convidado á comer, y á las cuatro cerraría agradablemente el programa volviendo al lado de Amalia, que ya le había de tener preparado un café digno de Voltaire; y después de confortarse con su compañía, iría á someterse á la grande y decisiva prueba del examen.

Dando largas zancadas se dirigió á la redacción. Don Marcos no quiso que hiciera nada, le aconsejó que no se calentase la cabeza, que se distrajera con amigos de buen humor, y le despidió, deseándole el feliz éxito que don Marcos esperaba y el joven merecía.

Serían las diez de la mañana cuando el joven se dirigió á la plaza recorriendo las calles de Plateros, pobladas, como de costumbre, por tupido enjambre de transeuntes; detúvose delante de los escaparates, examinando con curiosidad los lujosos relojes, las brillantes leontinas, los multicoloros diamantes y los artísticos bronce.

No sabiendo qué hacer, se resolvió ir hasta el hospital Juárez en busca de Patillitas, á quien encontró allí.

—¿Ya estás *echando cabeza*? — le dijo éste, — conque esta tarde *estás en el palo*. ¡Vaya que eres feliz! yo siempre no me presento; ya me había hecho el ánimo, pero me han entrado *corvas* y me *sumo*.

—¡Calaverón que eres! Mientras no te corrijas de la manía de las novias serás hombre al agua.

—¡Qué quieres! Así lo comprendo, y mira no más mi mala suerte: ya estaba yo resuelto á ser otro, siquiera por unos meses, pero me encontré con ese diablillo de Pachita y nos volvimos á arreglar; y como es tan celosa y tan mona, he perdido mucho tiempo. Resueltamente, me quedo hasta Diciembre, tengo muchos *corrales*, saqué tiempo indefinido, y le tengo mucho miedo á Chacón, ¡con que ya ves, no tengo salida!

Los dos amigos charlaron largamente, mientras discutían por las calles sin objeto ni rumbo fijo, pues no trataban más que de vagar hasta la hora de comer. Cuando se encontraban con una chica guapa, el incorregible Patillitas no dejaba de decirle galanterías más ó menos sosas, pero que él creía de mucho efecto.

El repertorio de esas galanterías era muy escaso y de poca variedad. La mayor parte de éstas consistía en alguna exclamación de este jaez: «¡Ay, qué linda! ¡Qué primor!» De vez en cuando se aventuraba Patillitas en el escabroso campo de las comparaciones y alusiones, y decía á su compañero, pero demostrando en sus miradas y movimientos que se dirigía á la joven:

—Y luego dicen que no hay ángeles en la tierra; mira tú, ¡qué raro! una estrella al mediodía.—Prodigaba hasta la saciedad un dicho que le había aprendido á un alumno del Colegio Militar:—¡Ay! ¡Si así fueran los diablos que me llevaran!

Pacotillas unas veces se impacientaba, y otras se divertía con los piropos que su camarada dirigía á las

chicas, pues trataba á toda costa de estar de buen humor.

Después de errar por muchas calles, halláronse los dos amigos, á eso de las doce y media, en pleno portal de Mercaderes, concurridísimo á esa hora. Bullía en él un compacto hormiguero humano de lo más abigarrado y pintoresco; chiquillos, caprichosamente vestidos, se estacionaban frente á los puestos de juguetes, devorándolos con los ojos; mientras el complaciente papá ó la inquieta y cuidadosa mamá, elegían para los *bebés*, ya el wagón de hoja de lata, ya el globo de goma, ya la pelota de coloridos gajos. Los mercilleros dificultaban el tránsito metiendo por los ojos del transeunte, ora el haz de bastones, ora la cadena de similar, ora la joya falsa; oíase el incesante y chillón vocear de los muchachos que venden periódicos, que, como retozón y bullicioso enjambre, corrían de aquí para allá ó acudían á la alacena de su general Martínez, que, tratando á todos de niños, ostentaba su grueso busto tras de enormes trincheras de periódicos.

Los dos amigos pasaron delante de una cantina á la que entraban y salían diversas personas en apenas interrumpidas hileras; penetraron ellos también y, ocupando una mesa, pidió Patillitas un aperitivo, y Pacotillas, que no quería calentarse la cabeza, pidió un vermouthe champagne.

En torno de las mesas del recinto formaban los concurrentes animados grupos; alrededor de una había cuatro alemanes, fornidos, serios, rubicundos, de rubia y muy abundante barba, que, fumando enormes pipas, vaciaban silenciosamente descomunales vasos de cerveza opalina y espumosa; bebían en otra mesa cinco caballeros de edad

provetca, de tez más que morena, y charlaban del modo más ruidoso sobre asuntos bélicos; en otra, tres rancheiros hablaban de caballos, coleaderos y jaripeo. Además de los bebedores sentados, había siempre grupos de bebedores de pie, que, como aves de paso, se acercaban al mostrador, mordían el sandwich y apuraban la copa.

Los dependientes de la cantina desplegaban toda su actividad para satisfacer los pedidos de los numerosos sedientos. Uno de ellos, rubio, mocetón, con chapas de colores en las mejillas y un gorro colorado en la cabeza, francés al parecer, corría con celeridad de un extremo á otro del mostrador, sirviendo las copas, preparando los cocktails ó los aperitivos, echando una ojeada rápida sobre el billete ó moneda que le presentaban, y poniendo el *cambio* en el mostrador, después de cerrar de golpe el cajón.

Los estudiantes apuraban poco á poco sus bebidas. A pesar de ser mediodía, había poca luz en aquel sitio, cuya atmósfera estaba como manchada por el humo que los muchos fumadores vertían en ella sin cesar. Las miradas de Pacotillas vagaban de un lugar á otro, yendo con cierta pereza de unos á otros grupos. A través de la angosta puerta de entrada, cerrada por medias hojas de alambre, que instantáneamente se separaban para dar paso á los concurrentes, se veía como en término muy lejano una faja de la gran plaza bañada en viva luz; por los alambrados de las hojas se veían pasar, como movibles bultos, las muchas personas que en un sentido ó en otro pasaban por el portal.

Monótona y poco animada fué la conversaci6n de los

dos amigos, la interrumpían largos intervalos de silencio, en los cuales su ánimo se distraía contemplando á lo que entraban ó salían, y oyendo los variados ruidos y rumores que henchían aquel recinto. Frases sueltas, exclamaciones estrepitosas, carcajadas sonoras, taconeos de gruesos calzados, el golpe incesante de las hojas de la puerta, el metálico son de las monedas lanzadas de plano sobre el mostrador, sacudían con oleadas de vibraciones la atmósfera de aquel local.

Pacotillas estaba en la situación particular del que espera algo, que se desea y se teme al mismo tiempo. Unas veces le parecía que el tiempo volaba, otras que se detenía ó caminaba con enervante lentitud; en algunos momentos creía que había llegado ya el que esperaba con tanta impaciencia, y que él se presentaba ante sus jueces, tan vacío de conocimientos como lleno de turbación; á veces le perseguían con la tenacidad de una obsesión los puntos más difíciles del curso, ciertas enfermedades le aterraban como si las fuera á padecer, algunas regiones del cuerpo parecían burlarse de su memoria, pintándose en ella con enmarañados y groseros contornos, con abultadas proporciones y límites confusos. Oía la charla de su amigo con la indiferencia con que se oye una lluvia monótona y las voces de los demás le hacían el efecto que el rumor de un colmenar.

En los ratos que estaba libre de aquella especie de obsesión, se entregaba á importunas y melancólicas reflexiones sobre las cosas y personas que veía. Aquellos hombres, unos enteramente ebrios, medio ebrios otros, le hacían pensar con tristeza en la estupidez que hay en el

fondo de lo que el hombre llama sus placeres; le confundía que mostraran tanto regocijo. Después, por una serie de ideas confusas y mal eslabonadas que por tortuosos rumbos tendían sus hilos, volvía inesperadamente á la idea fija de su examen en perspectiva.

De repente un ¿qué te parece? pronunciado enérgicamente por Patillitas, destrozó la sutil y aérea fábrica de las cavilaciones de Pacotillas. Su amigo le había estado refiriendo, con todos sus pelos y señales, uno de los episodios tan frecuentes en su vida de enamorado perpetuo; Pacotillas, que maldito el caso que había hecho de la relación, no pudo menos que decirle:

—No te oí, me distraje.

—¡Ah, sí! Estabas en babia; pero tienes razón, ¿quieres que ya nos vayamos á comer?

—Cuando quieras.

Patillitas, sacando un duro de la faltriquera, golpeó con el canto una de las cristalinas copas.

—¡Voy, señor!—contestó el mozo, que en ese momento pasaba corriendo hacia otra mesa, con una charola que sostenía ocho copas; sirviolas, volvió al lado de los estudiantes, tomó el duro, lanzólo al aire, imprimiéndole con el pulgar violento impulso, que produjo limpio y argentino son; dió lo *vuelto*, diciendo ¡gracias! cuando el galante Patillitas le dió la acostumbrada propina.

Sería la una cuando nuestros amigos, saliendo de la cantina, tomaron á la derecha y, deslizándose entre los numerosos grupos que embarazaban el paso, llegaron á la esquina de los dos portales.

La gran plaza ofrecía en aquellos momentos el aspecto

más animado. El día era tibio, hermoso y sereno, como son, por lo común, los del mes de Octubre; el sol bañaba con oblicuos rayos las aceras, reverberaba en el pavimento y producía reflejos metálicos en los rieles; sobre las altas paredes se distinguían anchas fajas de cielo, doble hilera de wagones resbalaba lentamente por las amplias curvas de los rieles, una se dirigía hacia la calle del Refugio, y la otra, que venía de la Monterilla, desembocaba en el gran recinto de la plaza. Los transeuntes, formando innumerables grupos, transitaban por aquel paraje; los empleados, con la alegría de los que han terminado pesadas labores, caminaban de bracero, charlando alegremente; las señoras, concluidas sus compras, salían de los cajones; algún caballero corría gritando y palmoteando para detener el wagón.

Los estudiantes, codeándose con el humano enjambre, tomaron la acera occidental de la calle de la Monterilla, donde llegaron al colmo la animación y el contento de Patillitas, para quien el aperitivo de la cantina lo había sido, más que del apetito, del buen humor y de la propensión á galantear.

En la acera que recorrían, protegida por ancha franja de sombra, abrían sus grandes puertas, y lucían sus lujosos escaparates, los muchos y bien surtidos cajones de ropa que abundan en esa calle; detrás de los largos mostradores afanábanse los dependientes para satisfacer la numerosa clientela femenina, jovencitas graciosas y engalanadas damas, ya de pie y apoyadas en el mostrador, ya ocupando sillas, examinaban las telas, comunicándose mutuamente sus impresiones.

En los aparadores, las telas dispuestas en vistosos tendidos, exhibían sus varios colores, sus labores distintas y su diversa calidad; negras cifras, trazadas en cuadrados de cartón, añadían á tanto incentivo el estímulo de la baratura. Nuevos grupos de pollas y señoras de edad se formaban delante de los aparadores, comentando los precios, encareciendo la clase, celebrando el color, y extendiendo el blanco y delgado índice, para señalar ya un objeto, ya otro.

Cada grupo era para Patillitas la ocasión de un alto inevitable, mezclábase con las personas del corrillo, y, fingiendo ver los objetos del escaparate, atisbaba los hermosos ojos de una muchacha, la bonita boca de otra, el gallardo cuerpo de la de más acá, ó la tez sonrosada de la de más allá, dando apenas punto de reposo al fuego graneado de sus galanterías.

A pesar de los muchos altos, causados por el buen humor de Patillitas, los estudiantes recorrieron las dos calles de la Monterilla, y, torciendo á la derecha, halláronse en la triste y larga calle de San Agustín; tomaron la acera del sur, y, después de dar algunos pasos, penetraron al restaurant; atravesaron una puerta angosta de verdes persianas, que les dió paso á un gran salón con muchas mesas, le atravesaron oblicuamente y pasaron á una pieza más chica, ocupando una de las mesas que allí había.

Los comensales acababan sin duda de abandonarla, pues sobre el no muy limpio mantel se veían cortezas y migajas de pan y dos botellas con restos de pulque. No bien se habían sentado, cuando un mozo, fingiendo

extraordinaria diligencia, quitó las botellas, limpió el mantel, y puso sobre la ya despejada mesa un convoy, una concha de porcelana con rabanitos y rizados fragmentos de mantequilla y dos piezas de pan; después de lo cual dirigió á los dos nuevos parroquianos, aquella sacramental pregunta sobre el modo de servir los huevos.

Patillitas comió con mucho apetito; Pacotillas, que no se distinguía por su buen diente, y que, además, estaba preocupado, por su próximo examen, comió mal. No estuvo ocioso aquél durante la comida, pues no le faltó ocasión de ceder á sus impulsos de tenorio; en una mesa próxima comía una familia de payos, compuesta del papá, con modales y traje de ranchero, de la mamá, muy gorda y emperejilada, y de dos muchachas que, aunque vestidas con telas chillonas y de mal gusto, lucían caras bastante bonitas, muy frescas y de muy buen color. Patillitas no las dejó comer en paz, las tuvo en continuo jaque, disparándoles sin cesar las mortíferas ametralladoras que tenía por ojos.

Pacotillas no quiso tomar el sucio, insípido é inodoro líquido, que con harta descaro llaman allí el café; él sabía en dónde lo iba á tomar muy bueno. Salió, pues, con su amigo, vagaron por diversas calles, separándose al fin para volverse á ver á la hora del temido trance, no sin que Pacotillas le diera antes las gracias por la bondad con que lo había acompañado, por la longanimidad con que lo obsequió y por el empeño con que procuró distraerlo.

Tomó legítimo y agradable café en la más agradable compañía de Amalia, de la cual se separó media hora

antes de las cinco, despidiéndose de ella con un abrazo estrecho; y, con mesurados pasos, aire de preocupación y grave continente, se dirigió á la Escuela de Medicina. Caminaba lleno de inquietud, le parecía imposible que fuera á examinarse ya, y á salir de aquel horrible tercer año, que parecía haber sido la rémora de su carrera y porvenir.

Poco antes de las cinco llegó á la Escuela de Medicina; en el truncado ángulo de la fachada la gran puerta abría de par en par sus pesadas y gruesas hojas, adornadas con molduras complicadas y grandes clavos; cuatro coches, alineados delante de ella, esperaban á sus dueños; la reja de hierro, abierta de par en par también, daba paso al amplio, cuadrado y hermoso patio del edificio, circunscrito por vastos corredores; en el patio hervían animados é inquietos grupos de colegiales, que, formando ruidosos corrillos, comentaban el solemne acontecimiento que no tardaría en verificarse. Fácil era distinguir á los candidatos de ese día, por lo cepillado del traje, lo afeitado de la faz, lo peinado de la cabellera y lo preocupado y grave de su continente; fingían una serenidad y un desenfado que estaban lejos de sentir, estaban rodeados por una turba de amigos, que les hacían preguntas, les daban ánimo, ó les dirigían bromas, muy punzantes á veces.

A través del bullicio y animación de los grupos se notaba la solemnidad de aquel momento; los jóvenes sentían esa tensión de ánimo que produce la espera de un suceso importante; el austero edificio, de grandes corredores y amplia escalera, realizaba la solemnidad de

la situación. En el costado del oriente, dorado por los rayos del sol, el anfiteatro anatómico, como gigante doblegado, sostenía la pesada masa del observatorio, que levantaba muy por encima de la azotea su mole octagonal.

De repente se oyeron cinco golpes metálicos dados con lentitud. Era el reloj de Santo Domingo que daba las cinco, hora en que los exámenes debían comenzar. Momentos después oyóse, uno tras otro, el ruido de varios coches que se detenían, el golpe estrepitoso de las portezuelas violentamente cerradas, y se vieron entrar algunos personajes, que cruzaban los corredores con la grave aceleración propia de los médicos. Eran los examinadores, que se dirigían al cuarto del conserje á esperar que cada grupo se integrara; cuando así sucedía, los tres miembros de cada jurado se dirigían lentamente, seguidos de una parte de la turba estudiantil, al salón en que había de verificarse el examen correspondiente.

Media hora después el gran patio, tan concurrido, tan animado al dar las cinco, se hallaba casi desierto, cruzado apenas por uno que otro estudiante rezagado. La multitud se había repartido en los locales en que se celebraban los exámenes.

Dirijámonos al del tercer año. En una vasta gradería estaban sentados los estudiantes, que formaban el público espectador; en frente de la gradería, detrás de una gran mesa, instalábase el jurado, sobre la mesa se veían las terribles ánforas y la solemne campanilla; los tres candidatos se colocaban entre el público y los jueces.

Presidía el jurado de Pacotillas un anciano, notable

por su ciencia, su gran bondad y muy querido de los jóvenes, examinaba de Patología interna; á su derecha un profesor de edad madura, muy temido de los muchachos, examinaba de Anatomía topográfica; á la izquierda del anciano, tomaba asiento el sinodal de Patología externa, joven aún, y más bien amado que temido por los estudiantes.

El comenzó la réplica, y aunque versó sobre varios y difíciles puntos, Pacotillas contestó con serenidad, demostrando conocer bien el extenso y difícil ramo; algo menos afortunado estuvo con el sinodal de topográfica, el pobre muchacho se confundió un tantito al describir la región lateral del cuello; muy feliz estuvo con el venerable anciano que presidía, el cual le interrogó sobre ciertas enfermedades, comunes en los niños, como las fiebres eruptivas, el croup y el falso croup. Pacotillas se lució de veras, y aquella réplica trajo á su memoria el plácido albor de sus amores, cuando consumó su primer hazaña médica, atendiendo con tanta oportunidad como eficacia, á la malograda hermanita de Amalia.

Cuando el sabio anciano juzgó suficiente la réplica, sonó la campanilla con mano trémula, para indicar que el acto había terminado, y que el público debía retirarse mientras el jurado deliberaba.

La turba estudiantil salió del local, con el estrépito y bullicio que caracterizan todas sus acciones. Pasados algunos minutos volvió á sonar la campanilla, los candidatos entraron solos; Pacotillas recogió la boleta que el secretario le alargaba, y en la que constaba el resultado, salió, y, oprimido por sus curiosos compañeros, que se

apiñaban en torno de él, alargando la cabeza para ver la boleta, se enteró de que había sido aprobado por unanimidad en las tres materias, alcanzando la calificación de tres muy bien en Anatomía topográfica, de dos perfectamente bien en Patología externa y de tres en interna. Sus compañeros acogieron con gritos de júbilo la noticia, le felicitaron con ruidosas manifestaciones, le dieron estrechos abrazos, oyéronse algunos gritos de ¡viva Pacotillas! y, casi en peso, le bajaron de la escalera.

Patillitas estaba radiante de júbilo, el triunfo de su amigo íntimo le llenaba de satisfacción y de orgullo como si fuera triunfo propio, le abrazó tres veces, levantándole en peso, no se cansaba de decirle:

— ¡Caramba! ¡Qué *planchado* eres! te tengo envidia, quién se lo hubiera esperado, después de tantos contratiempos que has tenido, de las miserias que has pasado, de aquella pulmonía que por poco te lleva. Les has dado un bofetón sin mano á los envidiosos y habladores, que decían que eras un perdido y que ya no servías para nada. ¡Vaya, que tengo un gusto!...

Pasearon juntos un rato, comentando el fausto suceso; Pacotillas se despidió de él y se apresuró á llevar la buena nueva á su querida Amalia.. Esta había encendido un cabo de cera delante de su Virgencita de Guadalupe, le bastó oír los pasos de Paco para inferir el resultado feliz, salió á su encuentro, le recibió con los brazos abiertos, y las almas de aquellas interesantes criaturas gustaron el rato más dulce de todo aquel año de penalidades.

CAPÍTULO XII

¡Qué gusto me da volverte á ver!

En la mañana del siguiente día duraba aún, en el ánimo de Pacotillas, el estado lisonjero, producido por el feliz resultado del examen. Sentíase ligero como si tuviera alas, y tan satisfecho como si hubiera alcanzado un triunfo espléndido; la luz le parecía más radiante, las calles más concurridas, las gentes más alegres y animadas. Tenía delante de sí, como perspectiva deliciosa, tres meses de descanso, ó lo que es lo mismo de ventura, pues se iba á consagrar en cuerpo y alma al cariño de Amalia, sin penurias que le amargasen las horas, y sin estudios áridos y aburridos que abrumasen su ánimo.

Su única tarea obligatoria era el boletín diario de *El Independiente*; pero esa tarea no le parecía pesada y le placía mucho, pues le ponía en el caso de discutir los asuntos públicos y de contribuir, según creía él, á la felicidad de la patria sosteniendo nobles y progresistas ideales.

Su situación pecuniaria era buena. Don Marcos, fiel á su promesa, le abonaba con toda puntualidad veinte pesos semanarios, que, para personas de tan sencillos gustos, tan sobrias costumbres y tan arreglada vida como Amalia y él, bastaban y aun sobraban. Forjaba, pues, el feliz estudiante, mientras se encaminaba á la redacción, un programa halagüeño de inocentes diversiones y encanta-